

EL CIERVO ENCANTADO

(Cuento prehistórico)

A mi gran amigo Membroides de Buca.

Hace de esto más de veinte mil años; y el hecho puede interesar sólo a los que rastrean en el pasado del hombre, y guiados de la Ciencia Antropológica los primeros asomos de nuestra vida moral, que, á pesar de la leyenda del Paraíso puede muy bien no haber sido desde los principios de nuestra existencia histórica tan perfecta como es hoy; después, sobre todo de las grandes enseñanzas que en el campo de esa vida nos dieron en su día los epicúreos, y de las que, más cerca de nosotros y en el mismo sentido nos proporcionó amablemente el gran Hobbes...

Sea de esto último lo que quiera, lo cierto es que los sucesos á que me refiero han sido puestos recientemente en claro por uno de esos grandes investigadores que, en busca de la verdad, escudriñan no ya los secretos que encierran los viejos ladrillos caldeos, los papiros y pirámides egipcios y los amarillentos pergaminos, sino los que esconde y solapa el gran libro geológico en sus capas, estratos y yacimientos, que son, á los ojos del sabio, como otras tantas hojas impresas llenas de noticias curiosas, escritas allí con caracteres muy legibles en el gran infolio de la tierra. Labor que está muy por encima de la que, ayer, como quien dice, realizaron los logógrafos y mitógrafos de la Grecia y deja a cien leguas por detrás la obra de los Herodotos y Teopompos, y aun la del mismo Tácito.

Es, pues, el caso (y no es posible que, para declararlo en su evolución cósmica, étnica, religiosa, política y sociológica entremos en pormenores enojosos como aquellos que descubrió y describió Gulliverio en la persona de las damas de honor de Brodignac á las cuales les veía hasta los poros de la piel y los capilares de los ojos), es el caso, decimos que se sabe de ciencia cierta que en aquellos tiempos que he dicho y cuando todavía era el Mediterráneo un gran lago, existía en el confín oriental más remoto de ese mar que fué muchos miles de años después teatro del movimiento comercial de los fenicios y cartagineses, una isla de regular tamaño, fértil y bien proporcionada que parecía hecha á pincel por las manos del mismo Platón, que, como se sabe, fué gran maestro en el arte de hacerlas y pintarlas y un gran soñador por añadidura, como dijo tan bien Voltaire, que tuvo tanto talento, que supo tantas cosas y no llegó nunca á entender la Historia. Esta isla que decimos no fué Taso, ni Samotraki, ni Imbro, ni Estalimcuc, ni Negroponte, ni Naxos, ni Lemnos, ni Escolopo, ni Esquiro, ni Esquiatos, ni ninguna de las Cícladas; ni Coluri, ni Egina, ni Hidra ni Psara, ni Chío, ni cualquiera, tampoco, de las Esporadas; ni Rodas, ni Escarpanto, en el gran mar Egeo, ni se encuentra entre las Jónicas, porque no fué Zefalonia, ni Corfú, ni Zante; ni Ogigia (en donde habitó, como es sabido, Calipso), ninguna de las cuales islas pudo haber existido entonces porque aún estaba unida por una cadena de montañas la Europa al Asia; y las más altas cimas de esa gran cordillera más tarde sumergida, no representaban el papel geográfico que centurias después habían de representar y aun representan. Conjetúrase que la ínsula de que hablamos tuvo el mismo geológico origen que tuvieron las Afortunadas y la de Pancaya, que siglos de siglos más tarde habían de descubrir aquellos grandes navegantes del Océano de la Imaginación que se llamaron lambulo y Evhemere. Es cierto, además, en todo caso, que no fué la de los Hiperbóreos, porque esta isla había de caer, como cayó más tarde, bajo la constelación de la Osa, un poco más allá del punto en que sopla el viento que le da su nombre.

La isla, que figura con el nombre de Nauja en los mapas de los Toscanelli y otros cosmógrafos de aquellos remotos días, estaba poblada y había alcanzado un grado de civilización muy considerable para los tiempos que corrían; y se supone que su gente procedía de la raza cheleenne (cheleana, diremos) que ocupaba por aquel entonces el occidente meridional de Europa, la cual raza dió de sí el gran delicocéfalo inteligente, alto y fornido que se pintaba de minio la cara y estaba dotado de una gran combatividad además, como convenía a quien había

de disputar la vida al gran Félix Spelea, al león, que era un niño de pecho al lado de éste, al gran oso de las cavernas y á otras bestezuelas por el estilo. Era un poco nocturno y tenía sus toques felinos entonces el homo sapiens y andaba armado de una macana, á cuyo lado la de Hércules hubiera parecido un mondadientes y portaba, a todo evento, además, una azagaya capaz de pasar de claro en claro, lanzada por su hercúleo brazo, un unicornio y hasta dos, como los cogiese apareados. Un animal, como si dijéramos, doméstico, de entonces, era el gran Cervus Elaphus, cuya presencia impondría hoy a la más brava domadora de leones de cualquier Barnoom.

Ese animal, más ligero de suyo que el viento, más grande que un alce moderno, temible, porque estaba armado de formidable cornamenta y no tenía el corazón de un corderillo, era presa fácil del hombre, su contemporáneo, que tenía en la carne de la gran bestia el mejor bocado de su mesa; como tenía en el auroch (un toro grandísimo y endiablado de entonces), su proveedor de paño para vestido y abrigo, que de él los sacaba, arrancándole la piel, después de haberlo muerto en la caza, por supuesto; que el desollar á los animales y a los hombres vivos empezó en el mundo más tarde, con los amigos de San Bartolomé. ¿Y quién les dice á ustedes que un ciervo de aquellos fué causa de que la existencia hasta cierta hora plácida y tranquila de aquellos isleños se perturbase, accidentase y dramatizase hasta no poder más, y acabase en el mayor desconcierto social hasta entonces entre hordas humanas conocido? ¿Quién les dice á ustedes que un ciervo de aquellos?... Pero no adelantemos los sucesos. La narración anticipada da ellos pudiera no ser todo lo puntual que la Historia exige; y es bien que se esté, para su inteligencia, en antecedentes de cierto orden, al origen, carácter y vicisitudes de aquel pueblo concernientes; y sin las cuales, en cualquier caso, no se sabría nunca nada de cierto. El hombre está, como sabe hace siglos de siglos, en plena posesión de la verdad histórica; y el que hace este cuento no puede pasar sin ella ni sabría defraudar, ocultándola, los intereses, á este respecto sagrados, de la inteligencia humana.

¡Paciencia, y bajaremos!

La primera carta que en este barajar topemos nos dirá, y esto es esencial, que aquellos hombres no habían nacido en aquel lugar como hongos, ni cayeron del espacio, ni de una isla aérea como alguno pudiera sospechar : primero, porque la generación expontánea no había sido todavía descubierta por los Holbach, ni las islas flotantes habían sido aun inventadas por los Swift; aquellos hombres procedían del Continente, y habían arribado a la isla (nadie sabe si á nado ó embarcados en grandes canoas) en una época que los más antiguos de ellos fijaban cuatro siglos atrás, y con intención de colonizarla. Si alguna cosa se sabe en Historia es que pueblos y razas diversos inmigrantes se sucedieron en la Europa Occidental y en la Central, extendiendo la civilización, que de oriente traían, á lo extremos del continente y á las islas que la rodeaban y rodean. Los pueblos, que son como colmenas (no hay que darle vueltas) han enjambreado desde el principio del mundo, como enjambrearon desde entonces las abejas. Eso es cosa sabida también, y aquí está el, quid de tanto trasiego de gente sobre la tierra. Demos, pues, por cosa averiguada, que nuestros robinsones se habían desprendido de un grupo continental más numeroso y más fuerte también. Ni memorias tenían aquellos contemporáneos del Mammouth de vida mejor que la allí, señores de la tierra, hacían; ni aspiraban á más de vivir hartos. Un instinto sí les dominaba: el cinegético, que en el género de vida que llevaban se les había hipertrofiado en el alma y se la llenaba á todos ellos; y por aquí se verá cómo nacían desde entonces en lo humano de las propias virtudes los defectos. Pieza ojeada, pieza muerta, era allí como el evangelio de la vida moral estrecha, pero intensa, que hacían; y así lo atestiguaba, primero, la existencia de aquella sociedad, y, luego, las osamentas de toda clase de animales feroces que como columnas de triunfo se alzaban por todas partes en la Isla, así en el llano, como en los claros de las selvas, en lo más espeso de los bosques y en lo más lóbrego de las cavernas, en donde aún puede hallárselas.

Pero hé aquí que un día el más acreditado cazador de aquella subraza llega, jadeando, anochecido ya, a su caverna y cuenta á los viejos y á los jóvenes que en ella le aguardaban el hecho por todo extremo insólito, de

habérsele escapado un ciervo tras el cual corrió desde antes del alba. Si faltaba con ello en el hogar la carne, faltaba también lo que ya desde entonces era más caro que todo á nuestra especie: el honor. Oír el cuento y armarse todos fué uno, y juntos, por tácito acuerdo salieron á perseguir, apasionados y con salvaje energía, la fugitiva res. ¡Ni por esas! Con el alba entraron en su cavernoso asilo todos al siguiente día, despeados, sudorosos, sombríos, mudos de sordo rencor los cazadores. Todos habían visto el ciervo, todos habían creído tenerlo acorralado todos habían disparado sobre él á tiro y sobre seguro sus vibrantes azagayas; y el animal no parecía ni muerto ni vivo, cuando, contando con la presa ya en la mano, se abalanzaban á cogerla. ¡Nada! El ciervo se les desvanecía en el aire, para reaparecer un instante después triunfador, burlón, como desafiándolos, á cien toesas del lugar que había hollado primero; y, allí, vuelta al acecho, a la persecución y al acorralamiento, al ataque frustrado y á la fuga de la bestia y al fracaso del hombre! Aquella gente, como toda gente ruda hablaba poco; pero la gran taciturnidad en que estaba sumida en los momentos en que los vemos juntos, tenía la taciturnidad poblada de amenazantes rumores que precede en la naturaleza, al huracán.

Bebieron agua en el hueco de la mano, tomándola de un manantial que en la vera misma de la gruta tenía su nacimiento, y se dispararon juntos como una tromba á través del intrincado bosque en un claro del cual hacían su guarida; y fueron caverna por caverna, por todos los ámbitos de la ínsula, comunicando la humillante nueva á todo dolicocefalo capaz de manejar una maza; y, casi sin palabras, se entendieron. Eso tiene lo trágico, su mutismo expresivo es más elocuente que el discurso más acabado. Además, y sin que supieran darse cuenta de ello, aunque lo sentían, flotaba por decirlo así en la atmósfera con inconsciencia penetrante, el espíritu sombrío de los días calamitosos de los pueblos! Y arrolló aquel huracán de bípedos, ingertos de Argos y de Hércules, rabiosamente activos, cuanto se opuso a su paso en la pesquisa feroz que emprendían; y el ciervo, cien veces visto, con proporciones gigantescas ya (apocalípticas diríamos si no fuese allí anacrónico el adjetivo), les burló otras cien. Panteras, osos, leones a quienes despreciativamente esquivaban, se paraban con asombro feroz e imbécil, y los veían pasar sin comprender nada, sin explicarse aquella vertiginosa batida. Días y días pasaron así, presa del vértigo cinegético, trasponiendo sierras, vadeando ríos, saltando torrentes, recorriendo llanuras, explorando valles, sondeando quebradas, cañadas, precipicios y simas; y en todas partes veían o columbraban al fantástico animal, sin que asirlo pudieran, hasta que, agotadas sus energías, cayeron rendidos en un grandísimo llano que en medio de la Isla se hacía y en donde tenían sus asambleas y fiestas en épocas normales de la vida.

Allí mismo, pocas horas después, y un tanto convalecidos de la fatiga celebraron consejo. Agotados los recursos de la fuerza brutal, casi mecánica, de que el hombre como las fieras dispone, desde entonces, resolvieron por lo que se echa de ver, apelar a los de la inteligencia. Después de muchos ¡Lloó! ¡Lloó! que era entre ellos una interjección muy significativa, y tras mucho hablar, el Néstor de la Asamblea propuso que para coger el ciervo pidiesen auxilio y recursos a la Metrópoli que, como se sabe, estaba situada en el continente vecino, Ahuecaron seguidamente el tronco de un boabad diez veces centenario que de allí á pocos pasos crecía, y que en un decir Jesús habían derribado; y ya tienen ustedes embarcados en la canoa que hicieron al Jasón y al Ulises de aquella gente. Uno iba como piloto, gobernando el barco; el otro como diplomático, para conducir y manejar aquel asunto en la Corte; y,

Itli robur et oex triplex
circa pectus erat qui fugitem truci
commisit pelago ratem
primus,...

allí los tienen ustedes navegando bravamente, rumbo al nordeste. Perdidos iban ya entre la bruma, y aun creían percibir los vales de sus amigos, aquellos ay! que en aras de una gran pasión cinegética arriesgaban la vida emprendiendo el primer periplo que realizaron los hombres.

No todavía el áureo vellón e la piel de una oveja, sino el cuero de un ciervo iban buscando! Mas, ¡ por algo se empieza!

Volvieron al cabo de años con las manos vacías aquellos agrícolas de mares, como el Góngora de entonces los llamaba y dijeron que en la Metrópoli habían puesto, con el recado que llevaron, el grito e el cielo: que hasta se habían airado, y que contestaron que harto harían del lado de allá con perseguir su ciervo; que también tenían uno que coger, y, además (y en son de paternal aviso) que la carne de ciervo era manjar indigesto y que se guardasen, no digo de comerla, que eso ¡ nunca!, sino de apetercerla siquiera! Así las cosas, y flacos y desmedrados los isleños, minada su moral cinegética, además, por la desesperanza y por las inútiles correrías que en pos de la bestia en que cambió Diana á Acteón de cuando en cuando emprendían siempre, se dividieron en dos bandos. Unos, los cansados y más flojos, decían que á aquel animal había que cogerlo por las buenas; y otros, los más radicales, que carne de bestia tan montaraz y arriscada no sabía bien sino comiéndola á la fuerza y adobada por los propios jugos, auras, emanaciones, efluvios y acres vahos de la libertad en que había nacido y vivía. ¡Digo, y que el animal, con la gimnasia á que lo habían sometido, y con la edad, porque era todo un macho adulto, estaba entonces más grande y vigoroso que un megaterio y más salvaje é intangible que nunca! Aquí hubiéramos querido ver nosotros á San Huberto, á Favila, á Jules Gerard, al Caballero de los Leones y al mismo Tartarín en persona! Pero ¿qué quieren ustedes? Ninguno de esos personajes de la Historia y de la Novela habían nacido todavía!

¡Otra fué la industria de que en aquella extremidad se valieron: pidieron entonces auxilio a una gran nación vecina de quien era fama que había cogido hacía años su ciervo, y la invitaron a que los ayudase, por amor al arte cinegético, á coger el que por espacio de casi media centuria habían vanamente perseguido, y sin el cual así lo declaraban á gritos, no podían vivir. No se prestaron de momento los poderosos vecinos a tal propósito pero desazonados al cabo por la gran agitación que en la isla, muy próxima a ellos, reinaba, y por el ruido de las correrías de los isleños que no les dejaban dormir en paz su siesta, resolvieron acceder, buscándole un soslayo, á la histórica súplica, y hélos allí en campaña, trasladados en son de caza á la isla convulsiva, y en pos del asendereado y codiciado ciervo, que cayó, á la postre, de puro cansado ya, en sus manos.

¡Qué alegría, qué regocijo, qué embriaguez la de aquellos insulares en aquel instante! Ni cuando vinieron al suelo lo muros de Jericó, ni cuando Godofredo tomó la Ciudad Santa, ni cuando tomaron é hirieron polvo los franceses la Bastilla, ni cuando arrojaron antes de esto los españoles al último moro, con Abu Abdilá, tras ocho siglos bélicos, de la península, ni cuando (por no olvidar á los griegos) cayó Troya ó remató Hércules el último de sus doce trabajos, quedaron los hombres y héroes que tales empresas persiguieron, tan contentos y satisfechos y gloriosos como nuestros cazadores isleños en aquel punto! Pegaron carreras, cantaron himnos, postráronse, y dieron gracias al cielo y se inundaron, cuerpo y alma en la divina al par que viril beatitud del éxito, tal como culmina en lo cívico, militar y cinegético dentro de esta alma humana que da de sí te la para cortar un Nemrod, un Espartaco y un Mazzini, como le da también para cortar un Sancho; no el Bravo, sino su paisano, el de las Zancas. Pero hé aquí que, pasado el primer momento casi siempre estuporoso del triunfo, divídense en cinco ó seis grandes grupos los isleños, y sin haberle visto todavía un pelo al ciervo, empiezan a disputar sobre la mejor manera de guisarlo para comérselo; y dando cada grupo exclusiva preferencia á su cocina, encónanse los ánimos y tiran todos á acabar, no sólo con la cocina, sino con la existencia del grupo contrario. Ese ciervo ha de comerse en salsa de ajos con limón, y asado en barbacoa, en una pieza, decían unos. ¿Qué, asado? ¡cocido! decían otros. Ni asado ni cocido, sino hecho cecina á modo del jamón de Westfalia, y lasca á lasca, vociferaban muchos. Vosotros no sabéis de cocina, argüian éstos. Ni tenéis gusto vosotros, replicaban aquéllos. Mi salsa es la buena, mi procedimiento el mejor, gritaban en la nueva algarabía todos; y cada uno juntaba candela por su lado y llevaba leña, como podía, a su fogón, quemándole de paso la ropa o la piel al contrato con quien topaba. A esos, ni el agua ni sal, proferían despreciativamente unos. A aquéllos ni la luz del sol, vociferaban coléricos los otros. Los vecinos, auxiliares de los isleños que, so pretexto de desbravar

la bestia y de enseñarla á cabestrear se habían quedado con beneplácito de todos en la isla, viendo esto, dijeron en cifra al gobierno de su tierra: Esta gente no quiere coger ya el animal ni saben de eso; y hasta es probable que nosotros, hartos como estamos, tengamos que comérmolo; porque no se huya y vuelva á provocar con su persecución nuevos escándalos; lo mejor para nosotros hubiera sido dejar á estos isleños agotar en la persecución del ciervo sus energías; capaces como son, por lo que se ve, de la persecución, pero no de la posesión de la pieza: aquí están dejándola en nuestras manos, dispuestos á matarse antes que á ir juntos, como debieran, á adueñarse todos de ella.

Tal pudiera una manada de hambrientos lobos, que persiguiese en los bosques á un jabalí, abandonar la caza al percibirlo; y, rabiosos del anticipado celo de la posesión, caer unos sobre otros y devorarse; sin acordarse ya en su ciega gula de la soñada presa, que huye libre al cabo, gruñendo de salvaje goce. Pero no hay memoria de que los lobos sean tan torpes.

A cara descubierta, pues, ante esa orgía de insanos apetitos isleños, los vecinos llegaron a señalar en la res los pedazos que de ella se atrevieron á apeteer, y aun dijeron que harían de ellos un buen roas-beaff, en lo cual estuvieron todos de acuerdo. Mandaron los matarifes para cuando llegara el caso, y dieron instrucciones á sus cocineros; temerosos, en el fondo, de que los isleños se resistiesen á ello, y alguno creyó que despiertos ante la amenaza de mayor ultraje, acudiesen unidos á apoderarse del ciervo aún en pie y vivo los que tanto lo persiguieron. ¡Temor y creencia vanos! Allá, más enconados que nunca unos contra otros, permanecieron perfeccionando las recetas de sus respectivos platos los diversos grupos que se disputaron el derecho de cocinar el ciervo á su modo; asegurando que en triunfando cualquiera no dejaría sentar a la mesa del festín á isleño alguno que no perteneciese á aquella escuela gastronómica; y aun así ¡quién sabe! al freir, decían, será el reir! Alguno se dolía ferozmente de no estar él solo para devorar solo toda a res y roerle después hasta el último hueso y chuparlo los tuétanos. ¡Vano sueño de salvaje glotonería! Ebrios todos en su furor, aquellos hombres no sintieron (¡qué habían de sentir!) el ruido que hacía con sus ásperas escamas al arrastrarse por el país un terrible boa constrictor, el voraz Piton Aureus de los naturalistas cheleanos, que habían traído consigo y soltado los extranjeros, y que ahogaba á los empobrecidos y desmoralizados propietarios de los pastos en que pudo vivir el ciervo. Pero digo que alguno de aquellos isleños llegó á vender sus predios á vil precio para comprar leña que ofrecer a los gloriosos lúculos de Nauja: uno á uno los poseedores de la tierra se ofrecían como fascinados á la sierpe, que lazándose sobre ellos como la mísera prole de Laocoón,

“dans un cercle d’écaille sasit sa faible proie,
l’enveloppe, l’étonffe, arrache de ses flancs;
d’affreux lambeaux, suivis, de longs ruisseaux de sangs”;

y aquí no hubo padre solícito que acudiese en defensa de los hijos en peligro y que supiese morir con ellos. Todos fueron ahogados; y el mejor día se vieron los supervivientes sin pastos para el ciervo y sin ínsula y sin ciervo también!

Enrojecidos de la sangre de sus insanos apetitos los ojos, buenos así sólo para contemplar al ser odiado; ni vieron ni previeron, y hay quien dice que en su torpe coraje intestino ni siquiera se dieron cuenta de su mengua, ó que dieron por bien empleado que el ciervo pasase al corral de los avisados vecinos extranjeros. “Mejor, decían, con eso no lo probará ninguno de mis contrarios.”

Dueños ya así del territorio los cuerdos y sagaces aliados de un día, impusieron, naturalmente en la Isla su

gobierno, industria, costumbres y habla, no hay para qué decir que los aborígenes quedaron de por sí reclusos de la vida social que allí se impuso y fué próspera y feliz para los señores de la tierra: los hijos del país formaron una casta inferior, apta sólo para los oficios más bastardos. Unos servían de mozos de labor, para lo más menudo e insignificante en los predios rústicos que un tiempo fueron propiedad suya; otros se agregaban, como lacayos, a las familias dominantes que los toleraban con despectiva lástima y les arrojaban para que se sustentasen los relieves de las mesas. Ninguno tenía, al parecer, conciencia del rebajamiento e que habían caído: habían caído; habían perdido con la razón la memoria. Pero lo que más despertaba la curiosidad de los ocupantes y les sirvió por largo tiempo de cómica diversión fué el espectáculo que dieron los Jefes de cocina isleños que, sin percatarse del cambio operado en la ínsula permanecían tenaces al pie de sus viejos fogones, en cuclillas, soplando febrilmente las cenizas ya frías y espiando dementes el brote de una chispa que no surgió nunca. Inútil fué cuanto se hizo por apartarlos de aquellos lugares: ¡allí se disecaron, y cayeron al cabo muertos de extenuación entre los negros tizones apagados ¡oh, la cocina!

Todavía hay quien dice que los habitantes autóctonos de aquella isla no pertenecían á nuestra especie, sino que eran, sencillamente, yahous, extraños seres antropoides de que habla en la narración de sus viajes Gulliver, y á quienes vió en el país de los Houyhnhnms, sirviendo á éstos como esclavos; pero esa circunstancia, por ser tan vieja esta historia, no ha podido puntualizarse como alguno quisiera. Y, mejor es así, decimos nosotros: ¡siempre es consolador pensar que pudieran no haber sido hombres cómo nosotros los cubanos, por ejemplo, los cuasi fabulosos habitantes de Nauja, desatentados perseguidores del Ciervo Encantado!

Ptes. Grandes, mayo 20 de 1905.

Tomado de: "El ciervo encantado" editado en La Habana e impreso en Avisador Comercial, 1905. El documento se encuentra en los Fondos de la Biblioteca Nacional José Martí